

SALVADOR LÓPEZ ARNAL

Entrevista a Fernando Hernández Sánchez

Guerra o Revolución. El Partido Comunista de España en la guerra civil

«Fue [el PCE], a mi juicio, el que mantuvo una visión más compleja del conflicto. Una de las equivocaciones más extendidas entre quienes apostaban por una revolución social integral fue despejar a cero el factor internacional».

Doctor en Historia Contemporánea por la UNED, Fernando Hernández Sánchez es profesor asociado de la Universidad Autónoma de Madrid y profesor de enseñanza secundaria. Sus investigaciones se centran en la historia del movimiento comunista en España. Autor de numerosos artículos sobre el tema en revistas como Historia 16, Historia del Presente o Cuadernos Republicanos, es autor de Comunistas sin partido. Jesús Hernández, ministro en la Guerra Civil, disidente en el exilio (2007) y coautor, junto a Ángel Viñas, de El desplome de la República (Crítica, 2009)

En la entrevista a Fernando Hernández Sánchez, autor de *Guerra o Revolución. El Partido Comunista de España en la guerra civil*, se desgranar los puntos más discutidos de la actuación del PCE durante la guerra civil española. *Guerra civil* porque constituyó un agudo conflicto de clases, una pugna agónica entre modernidad y reacción. Sus causas solo pueden entenderse desde el análisis de una evolución histórica caracterizada por la existencia de una economía dual, y por el peso abrumador de una agricultura arcaica y la debilidad de una industrialización dispersa; por una política incapaz de menoscabar el poder de una oligarquía anclada en la extensión de una vasta red clientelar injertada en los resortes de la administración y usufructuaria en exclusiva del régimen político hasta el advenimiento de la República; y por una modernización fallida de los ámbitos educativo y cultural, de la edificación de un Estado laico y de la configuración de una estructura territorial descentralizada. Pero fue también una *guerra ideológica* total entre fascismo y antifascismo.

Salvador López Arnal es profesor de la UNED y del Instituto Puig Castellar de Santa Coloma de Gramanet

Entrevista

El autor matiza también que no hay que olvidar su dimensión internacional, puesto que las potencias del Eje pudieron ensayar sus tácticas de agresión; la URSS intentó configurar, fallidamente, un sistema de seguridad colectiva con las potencias occidentales; y quedaron de manifiesto las incomprendiones de los sistemas democrático –manifestadas en el estuor francés y la pasividad cómplice del apaciguamiento británico–, políticas erradas que acabarían por arrastrar a ambos países a la guerra mundial que habían querido exorcizar dejando en el abandono a la República española.

El título, *Guerra o revolución* se fundamenta en que, frente a los lugares comunes difundidos hasta ahora por ambas partes, en el seno del PCE se reprodujeron a escala las tensiones que atravesaron la sociedad republicana en su conjunto, encarnadas en la coexistencia de dos tendencias a la vez complementarias y contrapuestas: una de carácter pragmático, dirigida por Togliatti y personificada en José Díaz, seguidora de los postulados estrictamente frentepopulistas de la Komintern; y otra radical, alentada por Stepanov y seguida por Dolores Ibárruri o Jesús Hernández, inspirada por el modelo revolucionario bolchevique y refrenada por la primera. La pugna entre ambas, sorda hacia el exterior, pero dura internamente en algunas ocasiones, marcó la evolución del partido durante todo el periodo y dejaría heridas para el futuro, abiertas en torno a lo que fue y a lo que podía haber sido de haber tomado otros rumbos.

No obstante, la interpretación canónica comunista de la guerra civil, redactada en los años sesenta, se tituló «Guerra y revolución en España». Los presupuestos de sus autores (una comisión encabezada por Dolores Ibárruri) fueron que durante la guerra se dio un auténtico proceso de revolución, no socialista, sino en un sentido nacional-revolucionario. Es decir, la guerra permitió la consecución de las tareas pendientes de la revolución democrática, nunca antes consumadas en España por el fracaso de la revolución burguesa del siglo XIX, gracias a una amplia alianza de clases populares que incluía al campesinado, el proletariado industrial y la burguesía democrática. Y todo ello en el contexto de una guerra de independencia frente a la agresión exterior de las potencias fascistas. Fue, por una parte, la aplicación a la historiografía del frentepopulismo y un intento de refutación de las acusaciones anarcosindicalistas o trotskistas sobre la supuesta “traición” del PCE a la revolución.

Pregunta: ¿Cuál fue el desarrollo de la lucha interna de tendencias en el seno del PCE? Y, aunque no sea esta la tarea principal de un historiador, ¿cuál pudiera parecer como la más razonable, la que tocaba más realidad, la que estaba mejor enraizada en el devenir histórico del momento?

Respuesta: Hay tres momentos significativos. El primero, en plena euforia de la primavera-verano de 1937, frenados los rebeldes ante Madrid, eliminado el POUM, caído

Caballero y desorientada la CNT tras los hechos de mayo, la tendencia radical –impulsada en ese momento por Codovilla– se plantea abiertamente el avance de posiciones de poder; la Komintern responde enviando a Togliatti para sustituir a Codovilla y templar la estrategia comunista; el segundo, la discusión abierta en el seno del máximo órgano de dirección, el Buró Político, con motivo de las directrices de Stalin acerca de la convocatoria de elecciones en la zona republicana y la salida de los comunistas del gobierno, a finales de 1937 y comienzos de 1938, debates en los que Togliatti solo cuenta con el apoyo incondicional de un recién llegado Santiago Carrillo para imponer los dictados de Moscú, mientras el resto de la dirección veterana se opone a cumplir tales órdenes, lo que se materializará en la salida de un solo ministro –quedará en su puesto Uribe hasta el final de la guerra– en la remodelación del gabinete Negrín de abril de 1938; y el tercero, la respuesta multifocal al golpe de Casado, que va desde la vigilancia expectante hasta el combate abierto contra el Consejo Nacional de Defensa por parte del aparato político y militar del partido (frente a la inercia del sector ministerial), a despecho de las indicaciones de negociación y retirada emanadas de los asesores soviéticos.

Es difícil juzgar cuál de las dos posturas era más adecuada al contexto. Lo más certero es contemplarlas como fenómenos complementarios derivados de la complejidad de la situación: sin una visión pragmática, el PCE no habría avanzado tantas posiciones como alcanzó, pasando de ser un partido marginal antes de la guerra a ocupar una posición de centralidad en su cénit; y sin la tendencia radical, inspirada en la épica del Octubre soviético, no habría logrado mantener pulsada la tecla de la movilización entusiasta que tanto contribuyó a mantener el espíritu de resistencia antifascista.

Pregunta: Afirma en su libro que el PCE se erigió en un puntal básico del sostenimiento del esfuerzo de guerra republicano, manteniendo hasta el final la lealtad al gobierno Negrín. ¿Por qué estuvo el PCE tan sólo en esa tarea?

Respuesta: Las razones son varias: primero, fue quizás la única fuerza política de entidad –los partidos republicanos apenas dejaron de ser meros grupos de notables con escásimo músculo militante– que leyó la guerra en clave de guerra total, de conflagración moderna en la que habían desaparecido las diferencias entre frente y retaguardia, en la que toda la sociedad debía implicarse en su sostenimiento y todo quedaba supeditado a la victoria. Esto implicaba el mantenimiento de una movilización prolongada y sostenida por campañas propagandísticas de alta intensidad, lo que hizo que, desaparecido el entusiasmo inicial, aplazada y, más tarde, perdida toda esperanza en una victoria definitiva, el PCE apareciese cada vez más ante la sociedad republicana como el “partido de la guerra”, con el consiguiente incremento del rechazo hacia él y su política. Tampoco se debe olvidar que esa vanidad organizativa, esa sensación de sentirse el que acierta siempre frente a los que

Entrevista

yerran, determinó la ejecución de una política con rasgos de marcado sectarismo que enajenaron al partido sustanciales apoyos.

Pregunta: ¿En qué momento cree usted que se perdió toda esperanza razonable en una victoria definitiva? ¿Qué sustanciales apoyos perdió el Partido Comunista de España por sus rasgos de marcado sectarismo?

Respuesta: Hay una concordancia general en pensar que la esperanza en la victoria militar se pierde definitivamente, por los republicanos, tras el corte de la zona y la separación de Cataluña a comienzos de 1938. Ello dio alas a sectores, vinculados al presidente Azaña y a Prieto, que insistieron desde entonces en la consecución de un armisticio con mediación internacional para intentar poner fin a la guerra. Respecto a los apoyos que se enajenó el PCE hay que contar, en primer lugar, con los de sus propios cuadros militares (algunos de ellos emblemáticos, como Gustavo Durán; o circunstanciales compañeros de viaje, como el general Miaja) que observaron que la política del partido derivaba en un voluntarismo sin fundamento. Los propios informes internos del PCE hablan de su escasa penetración entre los trabajadores de las industrias de guerra. Asimismo, la persecución contra los disidentes de izquierdas comenzó a pasar factura entre los intelectuales. Por último, con el retroceso territorial, su propia base militante fue desmoronándose.

Pregunta: ¿Negrín fue una marioneta movida por los hilos del comité ejecutivo del PCE, teledirigidos a su vez por el PCUS y la Komintern?

Respuesta: En absoluto. Esa es la lectura que se impuso a posteriori, merced, entre otros, a algunos de sus antiguos compañeros de partido, como Largo Caballero, Indalecio Prieto o Luis Araquistain. Todos ellos encontraron un terreno común en la debelación de la figura de Negrín, cuando lo cierto es que fueron sus respectivas posiciones contrapuestas las que privaron a Negrín de una base organizativa propia en la que sustentar su política de resistencia. Ante ello, tuvo que recurrir al apoyo proporcionado por el PCE, pero lo que sabemos a partir de las fuentes primarias de la época es que era Negrín el que trazaba el rumbo y los comunistas quienes le seguían, no al revés. Esto se fue poniendo de relieve cada vez más en los últimos y decisivos compases de la guerra. Los informes internos del PCE recogieron amargas quejas acerca de que Negrín jugaba sus cartas sin comunicar nada. En los balances de postguerra elevados a la Komintern, no son pocos los cuadros que se quejaron de que los dirigentes del partido que tenían responsabilidades ministeriales o cercanas al gobierno no habían hecho otra cosa desde 1938 que vagar tras Negrín y alejarse de la realidad imperante en la zona republicana.

Pregunta: ¿Por qué cree que el PCE puso tanto énfasis durante la contienda, y no solo entonces, en temas o enfoques patrióticos hablando, por ejemplo, de dignidad nacional, de guerra de liberación, de la Patria en peligro o afirmaciones similares?

Respuesta: Como ya he dicho antes, el PCE interpretó la guerra como una guerra total, en la que la intensidad del esfuerzo para su sostenimiento habría de ser máxima, y su duración, prolongada. Ello requería convocar a la base social más amplia posible y movilizar las referencias imaginarias más potentes, y ninguna lo era más, a todos los efectos, que la apelación a un patriotismo popular que hundía sus raíces en un ideario republicano de izquierdas, transversal y popular, forjado en el periodo de entre siglos, uno de cuyos hitos fundacionales era la evocación de la resistencia del pueblo a la oligarquía traidora y al invasor extranjero tal como había ocurrido en la Guerra de la Independencia. La ayuda nazifascista a Franco estimuló tal sentimiento. Se podría decir que fue en la España republicana donde se aplicó, con antelación a la URSS en 1941, el concepto de “guerra patriótica”.

Pregunta: El joven y excelente historiador Mario Amorós ha señalado recientemente que su libro pone fin a 70 años de manipulaciones y propaganda. ¿Cuáles han sido en su opinión las principales manipulaciones que se han hecho sobre el papel del PCE en la guerra?

Respuesta: Hay dos corrientes que confluyen en el establecimiento de las mistificaciones sobre el papel del PCE en la guerra: la memorialística de postguerra y la historiografía de la Guerra Fría. Alguien echará de menos la propaganda franquista, pero yo considero que se trata de un epifenómeno que se alimenta parasitariamente de ambas escuelas para sus fines de instrumentación de una literatura barata de combate contra la subversión. Las memorias de postguerra profundizaron en las heridas abiertas tras la derrota y no cicatrizadas por el exilio. De las plumas de Prieto –por parte socialista- o Abad de Santillán –por el anarquismo- surgen algunos de los artefactos interpretativos más extendidos: el ya citado “compañerismo de viaje” de Negrín, la subordinación del PCE como fuerza cipaya a los intereses de una potencia extranjera, el proselitismo asfixiante o la traición a la revolución proletaria. Continuando esta estela, la publicística de la Guerra Fría vino a ofrecer un análisis reconfortante en un momento en el que el “Mundo Libre” estaba recomponiendo sus relaciones con un antiguo aliado del Eje. Su gran corolario es la obra de Burnett Bollotten, cuyos ejes argumentativos giran en torno al concepto de “camuflaje” de la política comunista en España, consistente en el enmascaramiento de sus objetivos finales a fin de cimentar en la Península un régimen precursor de las democracias populares del Este de Europa. Se trata de una auténtica trampa de acero interpretativa con carácter polivalente, que han adoptado hasta hoy muchas escuelas, desde las más descaradamente derechistas a buena parte de las corrientes críticas con el estalinismo.

Pregunta: El PCE no fue, desde luego, el único partido de izquierdas que combatió durante la guerra. ¿Fue en su opinión el que mantuvo una posición más razonable, el que tocó más realidad sin ensoñaciones inconsistentes?

Respuesta: Fue, a mi juicio, el que mantuvo una visión más compleja del conflicto. Una de las equivocaciones más extendidas entre quienes apostaban por una revolución social integral fue el de despejar a cero el factor internacional. Pensar que el Eje, permítaseme el anacronismo, era un tigre de papel; que Gran Bretaña y Francia eran irrelevantes para el resultado final de la guerra; que la situación en España era la última réplica del ciclo revolucionario iniciado en Octubre del 17, sin tener en cuenta que este estaba agotado al menos desde 1923 –con el fracaso de los sucesivos levantamientos alemanes y la caída de Bela Kun en Hungría- y, sobre todo, desde la consolidación del nazismo en 1933, constituían serios errores analíticos. Lo mismo se puede decir respecto a la aplicación de algunos proyectos colectivistas, que además de fragmentar el sistema productivo, de suministro e intercambio, contribuyendo al debilitamiento del esfuerzo de guerra, chocaban con realidades sociales arraigadas –no todo era latifundio absentista en el campo español- que obligaban a recurrir a la imposición por la fuerza y estrechaban la base social de la República.

Pregunta: Pero precisamente esto último que señala, las colectivizaciones agrarias, han tenido, en general, grandes alabanzas desde diferentes atalayas de izquierda. Pienso, por ejemplo, en los comentarios de Noam Chomsky, en lo que se muestra en “Tierra y libertad” o en reflexiones de libertarios españoles actuales.

Respuesta: Me baso en las fuentes de la época y en los estudios de especialistas como Julián Casanova. Es cierto que las colectivizaciones fueron un hecho notorio de la economía de guerra, y que supusieron por primera vez que en muchos casos el campesinado asumiera tareas de responsabilidad y gestión y que, como dice Josep Termes, de ello se derivara una elevación del sentido de autoestima, de orgullo y de dignidad social. Ahora bien, la realidad fue poliédrica, y no siempre las teorías encajaron bien con la realidad. En Aragón, por ejemplo, emblema de la literatura procolectivista, abundaron los casos de exacciones al campesinado, choques violentos e imposición *manu militari* de la colectividad por las milicias procedentes de Cataluña. Aquí se dio la colisión entre la realidad de un pequeño campesinado propietario o arrendatario, que sentía la tierra como suya, y las ensoñaciones teóricas de unos militantes confederales que provenían de un entorno urbano e industrial que no veían las cosas más que de la manera que habían aprendido en los manuales. En este sentido, los choques entre unos y otros fueron constantes en la primera mitad de la guerra. Lo que no quiere decir que, en otros casos, no funcionase un régimen de colectividad con criterios de eficacia. Por ejemplo, en las comarcas de Madrid colindantes con Guadalajara, las colectividades dirigidas por los sindicatos (CNT y UGT) fueron tan competentes que

algunos de los terratenientes que recuperaron la propiedad privada terminada la guerra hicieron lo posible por exonerar de responsabilidad penal a los gestores y recuperarlos para la puesta en explotación de sus tierras. La realidad, repito, tiene muchas caras.

Pregunta: Me interno ahora en el apartado de las críticas. El PCE, que creó el Quinto Regimiento de Milicias Populares, apostó por la formación de un Ejército Popular con disciplina y unidad de mando, según métodos y procedimientos militares más o menos clásicos. ¿Por qué fue y sigue siendo tan criticado por ello? Pienso, por ejemplo, en uno de los vértices más insistentemente críticos de *Tierra y libertad* de Ken Loach.

Respuesta: Los tributos al romanticismo revolucionario siempre han tenido mejor prensa que el pragmatismo, pero lo cierto es que pronto estuvo claro que a unidades de élite, como la Legión y los Regulares, dotados de armamento pesado suministrado por modernas industrias de guerra extranjeras y con tácticas diseñadas por un mando central unificado no se les podía oponer la fuerza espontánea, entusiasta pero desorganizada, de las milicias basadas en grupos de afinidad política o sindical. Aunque, como ha afirmado el profesor Viñas en su monumental trilogía sobre la República en guerra, esta estaba materialmente perdida para el gobierno legítimo prácticamente desde el otoño de 1936, hay que valorar que fue el esfuerzo de reconstrucción de un Ejército Popular regular lo que posibilitó el caso único en el continente de una oposición armada durante casi tres años a la implantación del fascismo.

Pregunta: Si la guerra estaba materialmente perdida desde otoño de 1936, ¿qué sentido tenía continuarla? ¿Para qué tanto heroísmo, tantas muertes, tantas vidas perdidas? ¿No hubiera sido más útil organizar la retirada primero, la resistencia después y actuar con decisión en épocas más favorables?

Respuesta: La ventaja con que contamos los historiadores y los observadores actuales es que sabemos cómo terminó el partido. Los coetáneos tuvieron que tomar decisiones en caliente y sobre la marcha, intentando explotar los medios y recursos a su alcance. Había algo que las fuerzas republicanas sí sabían seguro: que Franco era implacable, que la venganza de clase de la derecha amenazada por las reformas republicanas iba a ser brutal y que no cabía consolarse invocando un posible compromiso. Lo aprendieron en sus propias carnes, incluso los que con Casado creyeron en una “paz honrosa” sin represalias mientras que en Burgos se dictaba la Ley de Responsabilidades Políticas que castigaba, con efectos retroactivos hasta 1934, la militancia política o sindical y el sustento prestado con las armas al gobierno legítimo. La cuestión no era ¿resistir, para qué? La pregunta que habría que hacerse es si, sin resistencia, se hubieran minimizado los

Entrevista

daños y las pérdidas humanas. La respuesta puede encontrarse en las decenas de fosas comunes que jalonan provincias, como las de Castilla y León, donde no hubo guerra porque no hubo resistencia.

Pregunta: El 4 de septiembre Largo Caballero se convirtió en presidente del Gobierno. Por primera vez en la historia de España y de Occidente, había en su gabinete dos ministros comunistas. Se ha comentado que su labor política no fue especialmente novedosa, no hubo grandes cambios ni en instrucción pública ni en agricultura. Por lo demás, ¿por qué se llevaron tan mal Largo Caballero y el PCE?

Respuesta: Bueno, lo de que no hubo grandes cambios cabría discutirlo. En Agricultura –ministerio que encabezó Vicente Uribe desde el primer gobierno Caballero hasta finales de la guerra- se llevó a cabo el programa de reforma agraria que facilitó la expropiación de tierras de los simpatizantes de los insurrectos, la instalación en ellas de colonos dotados de aperos y crédito, la legalización de las colectividades y explotaciones cooperativas y las cooperativas de consumo. Casi la mitad del terreno cultivable de la zona leal pasó, de esta forma, a ser explotada directamente por los campesinos, ya fuese en régimen de pequeña propiedad, cooperativa o colectividad. En Instrucción Pública, se extendieron los programas de alfabetización hasta las propias filas del Ejército, se crearon las guarderías laborales y se fundaron los Institutos Obreros para la educación media y profesional con vistas a una futura incorporación de las clases populares a la Universidad, y se protegió el patrimonio cultural amenazado por los bombardeos enemigos. En lo político, el choque entre Caballero y el PCE vino probablemente determinado porque Caballero vio frustradas sus expectativas de utilizar a los comunistas en su pugna interna contra los partidarios de Prieto, a fin de homogeneizar el Partido Socialista bajo su égida. Su falta de cintura para afrontar nuevas situaciones derivadas de la guerra le llevó a ser desbordado por la pérdida de sus bases juveniles y el paso de algunas figuras eminentes de su partido al PCE al valorarlo como un partido más dinámico para la consecución de la victoria. Ese choque entre dos formas, clásica y nueva, de hacer política condujo al choque de trenes entre Caballero y los comunistas, sin paliativos posibles, a pesar de los intentos del propio Stalin para preservar la figura institucional del viejo líder.

Pregunta: Se ha sostenido que el PCE abonó el uso de la violencia en la retaguardia con numerosos desmanes incontrolados que ahuyentaron a las clases medias y las ubicaron en los brazos de la reacción. ¿Es el caso en su opinión?

Respuesta: El uso de la violencia, sobre todo en los primeros meses de la guerra, fue una manifestación ejercida por todas las fuerzas políticas y sindicales. Tenga en cuenta que

el estado republicano había quedado desarbolado por el golpe militar, que lo había privado de sus aparatos de coerción y monopolio de la fuerza legítima. Todos los partidos y centrales organizaron sus patrullas de control y milicias de vigilancia, todas ejercieron, en concurrencia unas con otras, la vigilancia revolucionaria. Si hay una característica diferencial remarcable de la actuación comunista, es la de que, frente a la política de eliminación de los enemigos de clase desplegada por otros, los comunistas emplearon toda la fuerza a su alcance para el aplastamiento del enemigo interior en términos de seguridad. También es cierto que, posteriormente, el PCE contribuyó a la reorganización del estado republicano y a la recuperación por este de sus facultades policiales, judiciales y punitivas.

Pregunta: Tengo que preguntarle por Paracuellos. ¿Qué papel tuvo en lo sucedido el PCE?

Respuesta: Es innegable, a la luz de la documentación, que miembros de la organización de Madrid participaron en estos hechos, y que dirigentes comunistas estaban en el diseño del operativo. También que el impulso originario partió de agentes de los servicios soviéticos recién llegados a España, y que el diseño del plan de ejecución requirió del acuerdo con la CNT y la colaboración de sus milicias de etapas. Encuádrese todo ello en el contexto de una ciudad cercada, bombardeada impunemente a diario, atemorizada por las amenazas de represalias de los rebeldes, aterrorizada por las espeluznantes historias relatadas por los refugiados que huían del avance de las columnas rebeldes, e imbuida de paranoia por la apelaciones a la existencia de una quinta columna dispuesta a dar la puñalada por la espalda para obtener una idea del ambiente reinante en Madrid en noviembre de 1936.

Pregunta: Debo preguntarle también por Andreu Nin, el dirigente del POUM. ¿Fue el PCE responsable de su secuestro y de su muerte?

Respuesta: El PCE fue responsable de dar cobertura al secuestro y asesinato de Nin; la ejecución material, como han demostrado las fuentes, correspondió a los miembros de la NKVD encabezados por Alexander Orlov, que emplearon a agentes locales pero no necesariamente con el conocimiento previo por parte del propio partido. Eso no resta un ápice de complicidad en todo el programa destinado a erradicar cualquier opción comunista no estrictamente estalinista: El PCE tomó parte en la operación de descrédito de Trotski desde los años 30 y del POUM desde 1936, militantes suyos participaron, sin duda, en la infiltración en los grupos trotskistas –o considerados como tales- con objetivos provocadores y en la persecución de sus líderes. En contrapartida, el PCE fue incapaz de convertir el proceso contra el POUM (y eso que lo intentó con algún ejemplo preclaro de panfleto intoxicador) en un remedo de los procesos de Moscú.

Pregunta: Uno de los hechos más dolorosos de la guerra se produjo cerca de aquí, en Plaza Catalunya, muy cerca de donde jóvenes y no tan jóvenes están vindicando una democracia real y hablando de dignidad, derechos sociales y enfrentándose a la “dictadura de los mercados”. ¿Fue inevitable el Mayo de 1937? ¿Fue el PSUC el máximo responsable de ese enfrentamiento entre fuerzas de izquierda?

Respuesta: Probablemente, fue inevitable, pues se inscribe en el tramo final de un dilatado periodo de confrontación entre dos proyectos antagónicos (y no necesariamente encarnados solamente por dos fuerzas, los anarquistas y los comunistas): el revolucionario social y el que apostaba por la reconstrucción del estado republicano. En Cataluña ese conflicto estaba muy encarnizado. La situación de doble poder, donde una administración inicialmente muy débil se encontraba en proceso de franca revigorización, y unas milicias indecisas que habían desaprovechado el momento para tomar el poder no podía prolongarse por más tiempo. Como ocurrió en otras ocasiones, fueron muchos más –republicanos, socialistas moderados...- los que se beneficiaron de la situación o la aplaudieron entre bambalinas, aunque luego fuera más fácil culpar a los comunistas de los hechos.

Pregunta: El PCE jugó un papel decisivo en la estrategia militar del Ejército republicano. ¿Qué opinión le merece esa estrategia? ¿Hubo algunos errores destacables como se ha apuntado?

Respuesta: Creo que la estrategia era adecuada, y que se jugó con las bazas que se tenían, habida cuenta del desequilibrio inicial de fuerzas, de lo heterogéneo de los intereses que animaban a las fuerzas concurrentes en el esfuerzo de guerra republicano –en este caso no hubo Decreto de Unificación-, y de lo desigual de los suministros proporcionados a ambas partes contendientes. Ahora bien, se pecó de un voluntarismo obtuso, de la incapacidad para reconocer los errores y de la impotencia para instrumentar operaciones que explotaran el éxito inicial, además de que se ganaron muchas animadversiones debido una política sectaria de proselitismo y promoción.

Pregunta: ¿Desigualdad de los suministros? ¿Puede darnos algunos datos significativos?

Respuesta: Solo por citar algunos: Franco entabló contacto directo con Hitler y Mussolini desde los primeros momentos de la sublevación, de tal modo que muy pocos días después llegaban a Marruecos aviones Saboya y Heinkel, como los que permitieron realizar el puente aéreo sobre el Estrecho para llevar a las tropas coloniales a la Península; la URSS tardaría casi cuatro meses en adoptar una actitud de apoyo a la República. Esta se tuvo que suministrar inicialmente en el mercado negro internacional de armas, con consecuencias

como la compra a precio de oro de material obsoleto o averiado y el resultado de contar con casi dos docenas de calibres de munición de fusil diferentes. Los alemanes suministraron 230 millones de proyectiles homologados para 230.000 fusiles, y medio millón de bombas de aviación (hasta mayo de 1937) frente a las poco más de 85.000 rusas. En ese momento, los rusos habían provisto a la República de 409 aviones; Hitler y Mussolini, por su parte, habían suministrado a Franco 563. Y la desproporción no hizo sino aumentar. Sin contar que, por ejemplo, toda la maquinaria de guerra facciosa se movió gracias a los suministros de combustible a crédito por la compañía norteamericana Texaco, mientras la República tenía que conseguir producto tan esencial en el (alterado) mercado internacional.

Pregunta: ¿Fue el PCE un partido estalinista?, ¿siguió al pie de la letra los dictados de Moscú? Para complicar un poco su respuesta: Ramón Mercader, el asesino de Trotsky, ¿no fue un militante del PSUC dispuesto a todo o a casi todo?

Respuesta: No cabe duda de que lo fue, de que aspiró a cumplir con su misión de Sección Española de la Internacional Comunista, es decir, de destacamento en España del ejército mundial del proletariado, y que a ello intentaron coadyuvar con sus funciones de tutela los diversos enviados de la Komintern (Codovilla, Stepanov, Togliatti). Ahora bien, hay que tener en cuenta asimismo que la guerra propició situaciones sumamente dinámicas para las que urgía tomar medidas a escala local que apenas se podían consultar con la central de Moscú, y que ello –en tiempos en que no existía internet ni telecomunicaciones instantáneas; en que la encriptación de los mensajes había sido decodificada por los servicios británicos y en que para viajar en persona a Moscú había que atravesar el corazón de Europa cada vez más controlado por los nazis- dio lugar a la toma de decisiones que, en ocasiones, entraron en contradicción con los dictados del Kremlin: Tal ocurrió con la entrada en el gobierno de Largo Caballero en septiembre de 1936, con la caída de este en mayo de 1937, con la fracasada directriz de impulsar elecciones en la zona republicana en el otoño de 1937, con la orden de Stalin de salir del gobierno Negrín en abril de 1938, o con las sugerencias para el abandono ordenado de las hostilidades en marzo de 1939. Que existieran tales contradicciones no es óbice para que militantes como Mercader se sintieran como soldados de un ejército internacional, y que, al ejecutar un asesinato largamente planeado, cumplieran una misión trascendental para los intereses superiores de la URSS.

Pregunta: ¿Qué opinión tiene usted de las relaciones del PSUC y del PCE durante la guerra? ¿El PCE entendió bien la llamada “cuestión nacional” durante el período republicano?

Respuesta: No fueron precisamente estupendas. En primer lugar, el PSUC se formó sin el acuerdo de la dirección nacional del PCE, que manifestó sus reservas a la Komintern ya

Entrevista

en agosto de 1936. Después, fueron numerosos los desencuentros: desde las fricciones en el proceso de integración de los comunistas del resto del país en el PSUC con el corte de la zona republicana, hasta las críticas respectivas al papel de ambas organizaciones en la defensa de Cataluña. El último gran enfrentamiento tuvo lugar, terminada la guerra, con la oposición de la dirección del PCE al reconocimiento del PSUC por la Komintern como sección catalana de la Internacional Comunista, algo que no tenía precedentes en la organización. Tampoco fue la única sección con la que tuvo problemas la dirección central. En plena guerra, tras la caída del Norte, se produjo la expulsión de Astigarrabía, el secretario del PC de Euskadi y miembro del gobierno Aguirre, acusado de “nacionalismo pequeño-burgués”. Aunque el derecho de autodeterminación figurara entre los principios del leninismo, no parece, a la luz de la praxis, que la dirección central del PCE estuviera muy dispuesta a llevarlo hasta sus últimas consecuencias.

Pregunta: ¿Preparó el PCE adecuadamente el final de la guerra? ¿No priorizó en exceso la salvaguarda de sus dirigentes y cuadros, abandonando a parte de su militancia y simpatizantes?

Respuesta: Mi opinión es que el PCE no diseñó, en ningún aspecto, una estrategia de salida, ni siquiera para sus máximos responsables, que podrían haber sido cazados como conejos en la trampa de Elda tras el golpe de Casado, como les pasó a otros dirigentes en Madrid o en Levante. El PCE se negó hasta prácticamente los últimos días a contemplar la posibilidad de la derrota. Según confesión posterior de algunos de sus máximos dirigentes, como el secretario de organización, Pedro Checa, hacerlo hubiera parecido una concesión al derrotismo. Lo cierto es que ello impidió dejar asentada una organización clandestina, con su aparato de propaganda y sus correspondientes responsables, a medida que se cedía territorio al enemigo, algo poco comprensible en un partido que se reclamaba leninista, lo que pasó una trágica factura en cada uno de los reiterados intentos posteriores de reconstrucción del partido.

Pregunta: ¿Algún ejemplo de esa factura trágica?

Respuesta: Todas y cada una de las tentativas de una reconstitución del partido en el interior se saldaron con detenciones y fusilamientos hasta la década de los 50. Ocurrió con Quiñones –desautorizado, además, por la dirección oficial del PCE-; lo mismo con los sucesivos intentos de cuadros llegados de América del Sur o Norte de África; otro tanto con los núcleos guerrilleros, tanto los evolucionados a partir de “huídos” como los desembarcados tras la experiencia de la resistencia antinazi en los años 40. Hasta los primeros balbuceos de recomposición de un movimiento obrero en los

años 50, apenas hubo organización efectiva del PCE en el interior más allá de los muros de las cárceles.

Pregunta: ¿Por qué fueron tan complicadas las relaciones del PCE-PSUC y la CNT?

Respuesta: Si situamos la relación en el largo plazo, ya desde los orígenes se partía de una situación de desconfianza de la CNT respecto al comunismo. Hay que recordar que hubo un intento de los comunistas de penetrar en la CNT en los años 20 para atraerla a su campo, con algunos éxitos (caso de la labor de Nin en Lérida) y escisiones (la CNT sevillana de Díaz), y no pocos enfrentamientos. El PCE y la CNT, en cualquier caso, fueron durante tiempo fuerzas concurrentes por el espacio connotado como revolucionario dentro del movimiento obrero, frente al reformismo del conglomerado PSOE-UGT. Durante la guerra, el “tacto de codos” (como definía Togliatti a la práctica de defender el espacio propio al mismo tiempo que se intentaba ampliarlo) fue continuo. Con la CNT las relaciones fueron ambivalentes, oscilantes y con variaciones territoriales: se puede decir que hubo momentos de aproximación (con la CNT “gubernamental”), de coincidencia (con la dirección sindical encabezada por Mariano Vázquez, Marianet), pero casi siempre de confrontación violenta con la FAI y en aquellos territorios en que esta era influyente (Cataluña, Madrid).

Pregunta: Déjeme hacerle un contrafáctico, el único al que me atrevo. Si no se hubiera producido la traición de Casado, ¿qué hubiera podido pasar en la guerra civil española?

Respuesta: En cualquier caso, la guerra estaba inevitablemente perdida. Ahora bien, sin la sedición del Consejo Nacional de Defensa es probable que se hubiera podido llevar a cabo el repliegue escalonado hacia los puertos de Levante y, con ello, proceder a la evacuación exitosa de miles de cuadros políticos y militares experimentados. Piénsese el papel que podrían haber jugado en una futura resistencia, tanto contra el hitlerismo –como lo hicieron en Francia– como en el interior. Añádase que no se habrían agudizado hasta extremos insoportables las fisuras entre las organizaciones del Frente Popular, que Negrín podría haber encabezado un gobierno en el exilio sobre una base unitaria, capaz de ofrecerse como interlocutor válido a los aliados. Todo ello en lugar del espectáculo de una guerra civil dentro de la guerra civil en Madrid, del deprimente cuadro de unas masas inermes entregadas en el puerto de Alicante a la venganza franquista, de la amargura de un exilio atomizado y dividido, de una oposición incapacitada para la articulación de estructuras unitarias casi hasta los años setenta. Evidentemente, Casado y sus aliados prestaron un servicio impagable a la perpetuación de la dictadura.

Entrevista

Pregunta: En su opinión, ¿Casado obró por convicción o fue un agente del franquismo?

Respuesta: Está demostrado que mantenía contactos con Burgos a través de la quinta columna incrustada en su propio entorno. Ahora bien, mi opinión es que creyó en la posibilidad de salvar su responsabilidad y la de quienes le siguieran, cotizando a su favor el ahorro de sufrimiento que supondría acelerar el fin de la guerra eliminando a quienes más tenazmente mantenían la resistencia: Negrín y los comunistas. Como si a Franco le importase el ahorro de sufrimiento de la población civil... Pensó que era posible un “abrazo de Vergara” y cometió una traición que no obtuvo su recompensa. Juró por su honor que se sacrificaría para que otros se salvaran y cuidó de ponerse a buen recaudo en un barco facilitado por los británicos mientras miles de republicanos abandonados a su suerte en el puerto de Alicante -merced a su traición- aguardaban sin esperanza una evacuación que no llegó y unas represalias implacables que no tardaron en caer sobre ellos.